momento, detrás del decorado de su vida esplendorosa, la tristeza y la miseria de su sentido moral aparecían en muy lamentable estado. ¿A quién se podía exigir la responsabilidad de aquel desastre sino á él, que se había envanecido con su indiferencia, su egoísmo y su inmoralidad? ¿Cómo calificar la actitud de desenvoltura adoptada en presencia de las tentativas hechas para seducir á su mujer? De no calificarla de tontería, era preciso calificarla de cinismo. Folentin reflexionaba. Los tres años que tan gloriosos para su amor propio le habían parecido hasta entonces, perdieron todo el valor al someterlos á un examen serio y detenido. Empezó á creerse más inocente que otra cosa, y una especie de celos se apoderaron bruscamente de él.

El accidente vulgar á que hasta entonces no diera importancia, la caída de una mujer, le pareció que de pronto revestía una y muy extraordinaria. Algo se sublevó en él cuando pensó que la joven le había hecho traición, entregándose á otro. En ese instante dejó de ser un fantoche para convertirse en hombre. Sufrió, tembló y no pudo soportar la idea de que su mujer le engañase y continuase viviendo traquilamente á su lado. Tuvo un acceso de rabia, y en el silencio de la habitación en que pesaba sus contrariedades se dijo: «Antes la arrojaría de mi casa.»

Bajó la frente con amargura; ¡echar á Rosa!

Folentin, que tantas veces declarara que lo importante entre esposos era seguir siendo buenos amigos y perdonarse las pequeñas debilidades, había llegado al extremo de pensar en una solución brutal empujado por una ligereza de mujer. ¡Qué decadencia! Imposible reconocer en aquel marido irritado é inquieto al brillante burlón que no tomaba nada en serio. Apenas se reconocía á sí mismo, y sin embargo, seguía siendo el Folentin de siempre, protestando de que se le pudiese engañar. Desde que conocía la maniobra de Condottier, y sospechaba que Rosa había contribuído á ridiculizarlo, se sentía muy distinto á cuando decía en público: «El Marqués hace la corte á mi mujer, y no niego su buen gusto.» Entonces no admitía que la catástrofe se pudiese producir, y su presunción reposaba en su propia confianza; y en el momento en que ya no consideraba imposible lo que hasta entonces había juzgado sin importancia, se sentía humillado, herido, furioso, y á su mente acudía la idea del divorcio.

Mientras Folentin se desesperaba con su examen de conciencia, Rosa se sentía torturada por la incertidumbre. Dos veces había enviado á su doncella á casa de Raynaud, rogándole que fuese á verla, y dos veces le habían dado la misma contestación: el Sr. Raynaud había salido, y no sabían cuándo volvería. Raynaud conferenciaba con Evans. Las dos tarjetas se habían

quedado en la antesala. ¡Qué cambio tan grande se había producido en el corazón abnegado de Rosa! ¿Pensaba, acaso, después de haberla encontrado encerrada con Condottier, que únicamente le había hecho ir para presentarle aquel espectáculo? Eso era inadmisible. Su actitud y la violencia de sus palabras atestiguaban su inocencia. Después de haberla visto temblando de cólera ante Condottier, no podía creer que era su víctima y no su cómplice.

Eso quería decirle á Raynaud. Sentía imperiosa necesidad de disculparse ante él y reprocharle, porque en gran parte le consideraba culpable de lo que sucedía. Su rigidez, su salvajismo y el no comprender cuánto había de afectuoso en las intenciones de Rosa, habían creado el conflicto con Condottier. Ella misma no sabía cómo explicar todo esto á Raynaud, pero quería verle, aunque luego no hubiese de decirle nada. Y sola en su tocador, tendida en la *chaise longue*, se desesperaba viendo que Valentín continuaba hostil y negándose á obedecerla. No admitía que tuviese cosa más urgente que acudir á su llamamiento. Como Folentin le hubiera preguntado si podía recibirle, se decidió á dejarle entrar. Al principio se mostró huraño:

—Y bien, querida, tu jaqueca ¿es más complaciente? Me alegro infinito. ¿Ignoras las consecuencias que ha traído tu salida de ayer?

—En absoluto—contestó Rosa sin mover la cabeza medio oculta entre los encajes de las almohadas—, y te ruego que vayas á casa de Raynaud y lo traigas en seguida.

—Pierdes el juicio—exclamó Folentin.—¿Piensas que voy á inmiscuirme en tus asuntos, sin saber lo que ha sucedido? Me juzgas más benévolo de lo que soy en realidad. Dime primero lo que ocurrió en el hotel Condottier, y luego veremos.

—Tiene poco interés para ti.

—¡Cómo!—dijo Folentin.—¿Poco interés mi honor?

—¡Vaya unas palabras para cosa tan insignificante!

—¿Insignificante tu fidelidad? Es posible, pero mi honor...

—No me tienes acostumbrada á tanta susceptibilidad. Hoy atraviesas una horrible crisis de rigorismo. Te sientes burgués. ¿Qué te pasa?

—Me pasa que no quiero que se burlen de mí, ni Condottier, ni otros, y que si tú me has puesto en ridículo...

—¿Amenazas ahora?

—Sí, señora; confiesa si quieres, y dime claramente: el marqués de Condottier ¿es tu amante?

—Pregúntaselo á él mismo para que se ría en tu cara.

—No se trata de reir, se trata de dar explicaciones.

—Eres ridículo.

—No lo seré mucho tiempo.

—¿Qué harás?

—Te echaré de mi casa para que sigas coqueteando con Condottier en otra parte.

—Le parecerá de perlas. No desea otra cosa.

—¿Porqué?

—Si todavía no has entendido la combinación del Marqués, no la entenderás nunca.

—Señora—exclamó Folentin exasperado—abusa usted de mi paciencia demasiado.

—No tanto como usted de la mía. Vaya usted á buscarme al Sr. Raynaud.

—¿Qué tiene que ver en todo esto?

—Eso es lo que quiero saber.

—Entonces, ¿no lo sabe usted?

—Apenas.

—¿Qué enredo es este?

—Acabará usted por saberlo.

—¡Desgraciados entonces los que me hayan engañado!

—Sí, es cosa sabida. Es usted un rayo. Lo pulveriza todo, pero le suplico que observe que hasta ahora no le hable de mis proyectos, por más que usted me ha anunciado groseramente sus intenciones. Piensa usted echarme de su casa, y yo estoy decidida á no permanecer en ella.

—¿Adónde irá usted?

—Adonde tenga la seguridad de no encontrarle.

—¿Tanto me odia usted?

—¿Yo? No me tomo este trabajo. Le trato como merece; como á un personaje sin consecuencia...

—¡Sin consecuencia!

—Ya ve usted que es su destino. Ni Condottier, ni Raynaud, se ocupan de usted ..

—Se ocupan el uno del otro, pero yo acabaré ocupándome de los dos.

—Para ponerlos de acuerdo. Perfectamente. Antes que sea demasiado tarde, vaya á buscar al Sr. Raynaud.

—¿Y qué papel voy á hacer?

—Siempre preocupado por lo mismo... No parece usted lo que es...

—Pero ¿qué es lo que soy?—gritó Folentin fuera de sí.

—Nada de lo que merece ser, y ciertamente no es usted quien puede alabarse de ello.

Folentin hizo mueca de despecho, se encogió de hombros y murmuró:

—Hoy no se te puede tolerar, y ya que no quieres darme cuenta de lo que pasa, arréglate como puedas. No me expondré más tiempo á tus tonterías. Buenas noches.

Rosa no le contestó; pero apenas había cerrado la puerta de su tocador, se puso en pie de un salto, tiró la toquilla de encaje que le cubría la garganta, y despojándose de la bata empezó á vestirse. Se puso un traje obscuro y un sombrero sencillísimo, y cubrió el rostro con un velillo muy espeso, y sin decir nada á nadie bajó por

una escalera interior, pasó por delante del portero y salió á los Campos Elíseos. La noche era suave y clara. Llegó hasta el Palacio del Elíseo, se detuvo un momento ante el vasto edificio, y entrando luego en el vestíbulo se dirigió á la administración:

—El Sr. Raynaud ¿está en su cuarto?

—Voy á preguntarlo, señora.

Sentóse pacientemente en un rincón, y un instante después sonó el timbre del teléfono y se cambiaron algunas palabras.

—El Sr. Raynaud acaba de llegar. Segundo piso, núm 17. Enfrente está el ascensor.

Rosa dió las gracias con una inclinación de cabeza, y siguiendo al empleado que le indicaba el camino, se detuvo ante el núm. 17. El corazón le latía con violencia. Dominando su emoción, hizo sonar el timbre eléctrico. Un instante después, un criado la hizo entrar en un saloncito.

—Advierta al Sr. Raynaud—dijo Rosa—que una señora desea hablarle.

No quiso dar su nombre á aquel criado desconocido. Pensó que Valentín sabría adivinar su presencia en su casa. Tal vez quería darse cuenta del efecto que su visita produciría y asegurarse al mismo tiempo de que ninguna otra mujer visitaba á Raynaud. Debió quedar satisfecha, pues Valentín salió sin vacilar:

—¡Cómo, señora! ¿usted en mi casa? ¿Qué sucede?

—Eso es lo que vengo á preguntarle, pues no me ha dado ninguna noticia, y hasta mí han llegado rumores que me inquietan vivamente.

—Yo le suplico que no se preocupe por mí.

—¿Por quién quiere usted que me preocupe? El único que me interesa es usted...

Inmediatamente lamentó haber pronunciado estas palabras, que ponían de manifiesto con demasiada claridad su modo de pensar y sus sentimientos. Raynaud no abusó por esto, y siguió manifestándose circunspecto y frío. Rosa, incapaz de moderarse, dijo:

—¿Qué significan esa reserva y esa circunspección? ¿Oyen lo que decimos? ¿Está usted acompañado?

—No estoy solo. Ralph Evans vive conmigo; pero tranquilícese, pues nadie puede oirnos.

—A mí qué me importa... Yo le ruego que me diga á qué extremo han llegado las cosas.

—Pues bien, señora; el marqués de Condottier ha considerado como ofensa mi intervención en el coloquio que sostenía con usted...

—Me imagino—interrumpió ella—que no se prestará usted á las fantasías del marqués de Condottier.

—No sé si el Sr. de Condottier tiene fantasías. Parece despechado porque interrumpí aquella conversación con usted.

—Por lo menos—añadió Rosa con vehemen-

cia—supongo que cree que hubo complacencia por mi parte para encontrarme sola con él...

Valentín no se conmovió.

—Señora, no tengo ninguna opinión, ni hay afortunadamente porqué tenerla.

Rosa se estremeció; hizo un gesto brusco de enérgica protesta, y arrancándose el velillo que la ahogaba, mostró á Valentín su hermoso rostro, pálido y contraído.

—Con todo, supongo que me cree cuando afirmo que me encontré sola en casa del Sr. de Condottier, muy contra mi gusto.

—Señora, no hay nada que me haga dudar de sus afirmaciones.

—Emplea usted conmigo una corrección y una cortesía que son más ofensivas que la brutalidad.

—Para permitirme ser brutal con usted—dijo con amargura—no soy el marqués de Condottier.

—Al fin ha expresado usted su pensamiento—exclamó Rosa encolerizada.—Cree usted que Condottier tiene derechos sobre mí, y lo dice... se atreve á decirlo...

Valentín se detuvo ante ella, encogió los hombros, sus ojos centellearon y replicó:

—Sí, me atrevo á decirlo y me estremezco de vergüenza y de rabia. Sí, creo que fué usted á esa cita, y que si estaba encerrada con el marqués de Condottier era porque le había dado derecho para que se tomase con usted toda suerte de libertades. Que se hubiese usted enfadado con el Sr. de Condottier, que éste se hubiese propuesto obligarla á ceder, y que yo llegase para librarle de su insistencia, cosas son que nada significan. Es un incidente sin ningún valor, una casualidad. Lo que domina es su acuerdo con él, afirmado por todo lo que dice, medita, mancha, babea y calumnia el mundo infame en que ustedes viven. Es su acuerdo, atestiguado por los privilegios sinnúmero que usted ha concedido públicamente á ese bellaco insolente. Es su acuerdo, cuyas pruebas se complacía en darme como para cruzarme la cara, sabiendo que sufría atrozmente. Después de todo esto, ¿es extraño que ayer la encontrase encerrada con el marqués de Condottier? Lo sorprendente hubiera sido no haberla encontrado. Pues bien, ese día la habrá tratado con menos caballerosidad que de costumbre. Esos hombres de mundo tienen pocas atenciones con las mujeres. La habrá disgustado por tomarse demasiadas libertades, y sin embargo, no tenía porqué manifestarse correcto. Usted habrá querido salir antes que él se lo permitiese. ¿Qué significa todo esto? ¿Que lo que he oído contar con respecto á usted es falso, que lo que le he visto hacer es vano, y que el Sr. de Condottier no es su amante? Señora, ¿me cree usted estúpido?

Rosa le miró un instante satisfecha al verle

alterado por la cólera, temblando de angustia y fuera de sí. Después, con mucha calma, dijo:

—¿Porqué le desafía si es mi amante? Y ¿porqué turbó usted nuestra conversación si creía que tenía derechos para retenerme en su casa á pesar mío? Usted sabe perfectamente que entre él y yo no ha habido más que ligerezas, que todo lo que se cuenta son calumnias, y que hasta lo visto por usted mismo es ilusorio.

—Entonces—gritó con desesperación—¿porqué se ha ingeniado usted para hacer fuera de mi presencia y delante de mí todo lo necesario para hacerme creer que si no estaba perdida estaba á punto de perderse?

Rosa movió la cabeza; una sonrisa enigmática y encantadora contrajo sus labios, y dijo:

—¿Porqué? Sí, ¿porqué? He ahí lo que sería preciso adivinar.

Con abatimiento, Valentín dejó caer los brazos á lo largo del cuerpo.

—¡Cómo se complace torturándome! Cada vez que la veo quedo rendido, desolado. ¡Qué coqueta tan atroz es usted, para que en este mismo momento venga á provocarme con la deliciosa sonrisa de sus labios burlones y la misteriosa mirada de sus ojos, que prometen siempre y no cumplen nunca! ¿Qué espera obtener de mí en cuanto á cobardía ó locura? Hable, explíquese usted, ya ve que me perturba el cerebro y me desgarra el corazón.

Rosa se sentó á su lado, y levantando el dedo con el gesto autoritario que tan familiar le era, contestó:

—Quiero que al fin me diga lo que piensa, y que en ese cerebro que perturbo y en ese corazón que desgarro no haya nada oculto para mí.

Valentín sintió que un estremecimiento violento agitaba todo su ser, y acercándose mucho á Rosa y con voz baja y temblosa le dijo:

—Usted quiere saber que la adoro, que la he adorado siempre, y que en estos momentos en que tantos motivos tengo para sospechar y temerla, la adoro aún porque mi destino es amarla eternamente, desgraciado, pero fiel hasta la muerte. Sí, desde que pienso, desde que soy suyo, no he podido hacerme dueño de mí mismo á pesar de sus injusticias y crueldades. Sufría en silencio no viéndola como yo había soñado, y era para mí una desesperación inconcebible estar condenado á presenciar su degradación moral. Me fuí al otro extremo del mundo para librarme del horrible espectáculo de ver que aquella que yo deseaba superior á todas las mujeres se rebajaba hasta las más indignas, siendo amiga de una condesa Grodsko y compañera de las locas que solo buscan en la vida ocasiones de placer. Pero de lejos como de cerca pensaba en usted y tenía solo un deseo, verla de nuevo aunque fuese para sufrir. A los tres años he vuelto, y ya ve usted que no me he equivocado respecto á lo que

esperaba, puesto que desde el primer momento la encuentro envuelta en la odiosa intriga de la que pretende ser víctima. Con razón me decía Evans: «¿Qué va usted á hacer en ese mundo podrido? Quédese á mi lado, en nuestros horizontes inmensos, trabajando libremente y lejos de perversidades y bajezas. Aquí somos reyes; hacemos lo que queremos, y en cuanto vuelva á París se sentirá aniquilado por las costumbres, los prejuicios, las convenciones, y se convertirá en un pobre esclavo.» No quise escucharle; volví, y no hay tormento que no haya sufrido. Me avergüenzo de mí mismo; siento horror de los demás; la censuro y la acuso; me pregunto si debo despreciarla, y con todo, la adoro. Usted ha querido saber lo que había en mi cerebro y en mi corazón; pues ya lo sabe. No le he ocultado nada.

Muy dulcemente, Rosa le contestó:

—Ha hecho usted muy bien, y estoy contenta de saber que me quiere. Usted es el único hombre cuyo afecto necesito. Usted lo sabía, ¿porqué me lo regateaba? Muy injusta he sido con usted, pero estaba ciega. Cuando hablamos en el jardín de la fábrica de Beaumont, ¿me quería usted tanto como hoy? ¿Porqué no me lo dijo entonces?

—No me atrevía. Mediaba entre nosotros una gran distancia, y para salvarla hubiera necesitado otros ánimos. Usted me descorazonó...

—Es cierto. No sabía dónde tenía el juicio. Solo pensaba en una posición elevada, gran fortuna, lujo brillante... Era una chiquilla sin experiencia. Para llegar á ideas sanas y fuertes ha sido preciso que sepa lo que de vano y miserable tenían mis deseos. Recuerdo que Evans y usted, en vez de atacarme suavemente y tratarme con indulgencia, me atacaron de frente, con aspereza, y golpearon con fuerza mis quimeras. Pero yo no veía más que por los ojos de mi madre, henchida por los de aristocracia, y de mi padre que solo estimaba á la gente de dinero. Para demostrarme hasta qué punto me equivocaba, han sido precisos el conocimiento de la vida y la experiencia de la realidad. Cuando era ya demasiado tarde. Usted se había marchado y yo me encontraba sola, entregada á mí misma y en medio de un mundo depravado. Me he visto tan adulada, perseguida y acechada, que no me he perdido por milagro. Ahora todo ha terminado y no corro ningún peligro: hemos tenido una explicación; sé que usted me quiere... y voy á ser dichosa.

Valentín la miró con asombro:

—Y ¿cómo pretende acomodar sus sentimientos con su situación? Está usted casada...

Rosa replicó con serenidad:

—Sin duda, pero tengo libertad. Nos veremos todos los días. Mi marido no nos molestará lo más mínimo...

Valentín volvió la cabeza, y luego, como si temiese adivinar lo que Rosa iba á decir, interrumpió:

—¿Y usted será mi querida?

Rosa enrojeció hasta la raíz del pelo.

—¿Qué dice usted? ¿Aceptaría usted esa situación? No lo creo...

—Entonces ¿qué vida nos espera? Tiene usted la pretensión de colocarse por encima de los prejuicios corrientes y razonar de un modo superior, pero no puede desconocer que la situación en que nos encontraríamos llegaría á ser inaceptable. Cuando una mujer casada ha adquirido la certeza de que solo puede vivir dichosa con un hombre que no es su marido, y se lo ha confesado á ese hombre, no queda más que el divorcio ó el adulterio. Según usted misma dice, al principio de su vida cometió un error que la ha conducido á la situación en que se encuentra. Lo más prudente y juicioso es seguir en ella.

—¿Y continuar viviendo como vivo? ¡Nunca!

—Entonces ¿quiere usted divorciarse?

—Sí, es preciso.

—Y su marido ¿querrá?

—Probablemente no, á no ser que su amor propio le incite.

—Entonces no hay solución.

—Eso es lo que veremos.

—Yo le suplico que no hablemos más de estas

cosas. Me parece que son, solo discutiéndolas, tan depresivas para usted como para mí. Contentémonos con la amistad sincera que nos está permitida.

—Con la condición de que me dará usted todas las garantías de obediencia y buen juicio que tengo derecho á esperar. Nada de cuestiones con el marqués de Condottier...

—Eso no depende de mí.

—Sí, depende de usted. Si no se agrian las negociaciones empezadas, siempre hay medios de arreglar las cosas. Es cuestión de procedimientos.

—¿Se conformará el marqués de Condottier?

—Se le obligará.

—¿Quién?

—Evans y mi padre; yo, si es preciso.

—¿Usted? En nombre del cielo le suplico que si quiere que todo termine en paz, no se meta en nada. Si interviene, las cosas se pondrán peor.

—Bien, no haré nada, pero prométame que será usted razonable.

—Sí, y para probarlo, le suplico que vuelva á su casa. Son las once.

—Me voy.

Se colocó el velillo ante el espejo, y para Valentín fué causa de gran satisfacción ver en su casa, elegante y familiar, á esa mujer que durante tantos años había deseado su presencia. Ella se volvió, le miró un instante como si qui-

siera grabar su imagen en sus ojos, y sonriendo le dijo:

—Es usted, y sin embargo, no es usted.

—Eso es decir que la opinión que se había formado de mí no corresponde á sus recuerdos. Yo soy siempre el mismo, usted es la que ha cambiado.

—Sí, he cambiado mucho, mucho—murmuró —y es una gran fortuna. Usted se acordará de que en casa de mi padre me llamaban riendo la conquistadora. Tal vez, después de muchas conquistas inútiles ó enojosas, habré llegado á la conquista envidiable: la de un corazón sincero y abnegado.

Rosa le tendió la mano, hizo un movimiento como si fuese á arrojarse en sus brazos, pero ante su rostro grave se contuvo, y esbelta y ligera desapareció por el pasillo.

VI

Folentin se disponía á ir á su despacho, cuando su mujer le pasó recado rogándole que pasase por su habitación. Este género de caprichos eran muy raros en Rosa, y para que se alterase el curso de la reglamentada vida conyugal pre-

cisaba que ocurriese algo importante. El banquero cruzó el saloncito, entró en el gabinete de su mujer, y la halló sentada ante su tocador con un telegrama en la mano. Ni siquiera le dió tiempo para que la saludara. Con el rostro alterado y los ojos brillantes, que atestiguaban violenta emoción, entregó el telegrama á Folentin diciéndole esta sola palabra:

—Lee.

Folentin le desdobló con impaciencia, y como era présvite y veía mal de cerca, leyó difícilmente: «Querida Rosa: te prevengo que Raynaud y Condottier se baten hoy á medio día. Nuestro padre está excitadísimo y con Evans es padrino de Valentín. Toma las medidas que creas convenientes. Te abraza, Mauricio.»

El banquero dobló maquinalmente el papel y lo dejó encima del tocador; con preocupación visible dió algunos pasos, y luego dijo:

—Raynaud se bate con Condottier... Pero, pero... Condottier y Raynaud ¿porqué?

—¿Vas á empezar como ayer á buscar las razones y las causas? Se baten, es un hecho. ¿Qué piensas hacer para impedirlo?

—¿Cómo lo puedo evitar?

—Dirigiéndote á casa de Condottier y haciendo que te explique el papel que sin saberlo desempeñas en este asunto.

—Querida, hablas de modo enigmático y tengo la desgracia de no comprenderte.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO